

Los que esperan su duelo

OTROS ÁMBITOS | **Berenice**



Los que esperan su duelo

CARLOS SANCLEMENTE



© CARLOS SANCLEMENTE, 2021

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2021

www.editorialberenice.com

Primera edición: abril de 2021

Colección OTROS ÁMBITOS

Director editorial: JAVIER ORTEGA

Impresión y encuadernación:

CORIA GRÁFICA

ISBN: 978-84-17229-96-2

Depósito Legal: CO-221-2021

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España/*Printed in Spain*

*En memoria de Diego J. Camacho.
Siempre en nuestra memoria.*



Toda esa turba que ves son desdichados que carecen de sepultura. Ese barquero es Caronte, y los que lleva en su barca son muertos a los que se han rendido los honores fúnebres; no le es dado transportar por las rugientes aguas a la otra orilla a aquellos cuyas cenizas no reposan aún en la tumba. Vagan estos y revolotean por la ribera cien años; transcurrido este tiempo, y sólo entonces, son admitidos en la barca y ven a su vez el lago deseado.

LA ENEIDA.



*A Francisco Florido R., un hombre bueno,
en el buen sentido de la palabra bueno.*



Índice

PRIMERA PARTE El camino	15
SEGUNDA PARTE El río.....	53
TERCERA PARTE La tierra.....	109
CUARTA PARTE El silencio	155
QUINTA PARTE Las hojas.....	191



Primera parte
El camino



Gabriel abrió los ojos. La habitación estaba poseída por una oscuridad intensa. Se incorporó y contempló la ventana. Aún era de noche y las calles de la ciudad respiraban la neblina húmeda del preludio crepuscular, se sacudió del peso asfixiante de las cobijas y puso los pies en el suelo. Su heladez no logró alterarlo. Un sudor frío empapaba su cuerpo, sus manos temblaban y una ansiedad vana poseía su mente. Se sentía lejano de su propio cuerpo, hastiado de su debilidad y de ciertas pesadillas que no dejaban de atormentarlo. Esa noche había soñado que caminaba desesperado, junto a un río pardo y crecido, llevando a Princesa, la vieja perra de la casa, entre sus brazos, mientras ella emitía unos aullidos minúsculos y moribundos. Salió de la cama con las fuerzas que le quedaban, bajó las escaleras y se dirigió a la cocina. Demasiadas preocupaciones ocupaban su mente y como podía intentaba librarse de ellas. Los hombres asediados no suelen escapar fácilmente de los pesares que los abocan a la muerte, y en esta hora Gabriel era uno de ellos.

Entró a la cocina arrastrando su pesadumbre, encendió la luz y puso la cafetera. Sus manos temblaban, estaban macilentas, pálidas, casi exangües. Las observó durante unos instan-

tes, sin poder entender las causas de semejante imagen. Nadie, hasta ahora, podía comprenderlo. Los médicos que lo habían examinado no pudieron determinar la razón de su extrema delgadez y decaimiento. Algunos le dijeron que se trataba de una rara enfermedad tropical y otros que era un funcionamiento anormal de su glándula tiroides. Había estado varias veces en el hospital en los últimos meses, se había sometido a varios exámenes y tratamientos, pero ninguno dio resultado, y él seguía adelgazando de forma alarmante, tanto que a día de hoy, con sus dos metros de estatura, se veía como un niño ojeroso, famélico y desnutrido.

El agua empezó a reverberar en la cafetera, el vapor aromático se deslizó hasta su nariz y toda la provocación del café recién hecho inundó su respiración entrecortada. Lo tomó a grandes sorbos, como solía hacerlo. La bebida pronto hizo su efecto, y poco a poco fue recuperando el espíritu perdido durante aquella mala noche.

El día empezaba a clarear en la pequeña ventana de la cocina. Un rocío espeso opacaba el vidrio, el instante escurridizo del crepúsculo había sido superado. Gabriel se levantó y fue hasta el salón, aún en tinieblas. Encendió la luz y se sentó en un sillón, muy cerca del equipo de música. Lo contempló durante unos instantes con cierto reblandecimiento en la mirada y se quedó inmóvil. Amaba la música desde que era un niño. No lo había reflexionado, pero era el verdadero lenguaje de su alma. A través de ella podía comprender el mundo, encontrar el consuelo perdido, llorar las tristezas de la cotidianidad, matizar la dureza de la existencia, perdonar a sus enemigos, ensalzar los amores y las pasiones, perderse en los mismísimos abismos incomprensibles de la melodía, hallar el consuelo que difícilmente se encuentra en las palabras del

prójimo y escabullirse de aquella realidad en la que estaba inmiscuido desde hacía tantos años y que jamás hubiera deseado para su vida.

Tomó uno de los CDs, lo introdujo en la bandeja, y luego dejó que la proeza digital hiciera el resto. Y así, escuchando los boleros de Machín, permaneció durante largos minutos. Tarareaba las letras, que se sabía de memoria, y esquivaba pensar en los graves asuntos. Porque afuera, más allá de su alma dulcificada por la música y de ese momento de aparente reposo y sosiego, existía una amenaza mayor que pesaba sobre él y lo atormentaba, incluso más que la misma enfermedad desconocida que padecía. Las desgracias nunca vienen solas y Gabriel lo estaba comprobando.

La música del CD terminó cuando la luminosidad exterior había debilitado la luz de la bombilla y en el apartamento se extendía una claridad algo indefinida, tenebrosa. Se levantó y empezó a pasearse inquieto de un extremo a otro. La manecilla del reloj de la pared marcaba el ritmo de cada uno de sus pasos, se acercó al teléfono y marcó un número. Aló, dijo una voz soñolienta después del tercer tono. Soy yo, dijo él, la llamo porque voy para Almadía. La voz se quedó en silencio, pero al cabo de unos instantes respondió, No venga, Gabriel, se lo pido. Tengo que ir, solo llamo para contárselo. No venga, no se arriesgue, no nos haga sufrir, le insistió la voz sollozando. No llore, Mami, le dijo él mientras sostenía la respiración. La voz se calló y tan solo se escuchaba el sufrimiento de su respiración. La llamaré cada vez que el celular dé señal. No quiero que venga, le insistió la voz ofuscada y afectada al mismo tiempo, y le colgó. Gabriel se quedó con el teléfono en la mano, dudaba si debía volver a llamarla y hacerle entender que tenía la obligación de ir a verla, que no podía dejarla sola a

ella ni a su hija durante tanto tiempo, pero al final decidió no hacerlo. Qué sacaría con eso, nadie, ni siquiera su mujer podría entender lo que pasaba por su mente en aquellos instantes. La necesidad de regresar a Almadía y a su casa, de creer que podía continuar con su vida sin advertir el miedo en cada esquina. Colgó el teléfono, subió a la planta de arriba del apartamento y, con rapidez, se preparó para el viaje.

Un rato después bajó las escaleras. El reloj marcaba las ocho en punto de la mañana y el suave aroma del ramo de rosas, puesto en el jarrón de la sala, se había alborotado de repente e inundaba la estancia. Gabriel lo olió en un suspiro y sintió un anhelo profundo de estar en Almadía, junto a María e Isabela. Pero al mismo tiempo, una desazón gélida logró perturbarle, desanimarle, incluso llegó al extremo de hacerlo dudar si debía emprender aquel viaje que horas antes decidió con tanto ímpetu. Tomó las llaves y entreabrió la puerta. Siempre había sido un hombre seguro, impulsivo, testarudo, y sin embargo, esta vez balanceó su cuerpo debajo de la línea del umbral, como si un hilo invisible atara su impulso y le instara a quedarse en la tranquilidad de su apartamento. Y se quedó allí, dubitativo, mirando con intermitencia el colorido ramo de rosas rojas y blancas del jarrón, las escaleras y el cuadro de un barco que luchaba por no zozobrar en medio de una tormenta, que presidía la sala. Pero qué estoy haciendo, se recriminó a sí mismo. Introdujo la llave en la abertura y cerró la puerta con determinación, sintiéndose algo estúpido por su momento de flaqueza, por haberse dejado llevar de algo tan superfluo como un escueto presentimiento. Bajó unas escaleras exteriores y se dirigió al parqueadero.

La mañana era bastante fría, el sol se ocultaba entre las nubes y la ciudad exhalaba el vapor panificado de los hornos

aún calientes. En los jardines, las gotas del rocío formaban finos rosarios de perlas nacaradas, y en el pavimento se extendía una fina lámina de humedad. Gabriel iba vestido como de costumbre. Llevaba unas botas camperas de cuero, pantalón vaquero azul, camisa, chaleco negro y su pistola siete sesenta y cinco terciada en un costado. Como estaba tan delgado, daba la impresión de que la ropa le quedaba colgando. Subió a la camioneta y se encaminó hacia Almadía, el pequeño pueblo donde vivían su mujer y su pequeña hija.

Al salir del conjunto residencial tomó una larga avenida. La calle estaba animada y los coches se agolpaban en los semáforos. A los lados se desplegaban hileras de casas y edificios discordantes. Gabriel los contemplaba con cierto interés, sabía de memoria el camino de salida. Y mientras giraba el volante, metía los cambios y pisaba los pedales mecánicamente, veía a la ciudad desplegarse, indiferente, ante las faldas del volcán, y a la gente dirigirse, metódica, a sus centros de trabajo. Cuántos de ellos pensarían en la guerra o tan siquiera reconocerían que vivían en un país en guerra, reflexionó; quizás esta guerra solo se reconocía cuando ya era demasiado tarde. Y luego pensó en él mismo y en todos esos años, y volvió a caer, inevitablemente, en el pensamiento de la guerra, y en la amenaza del nuevo Gobierno de acabar definitivamente con todo lo que olierá a insurgencia. Una fría sensación de desprotección destempló su cuerpo.

En aquel año, la violencia en el sur del país se había recrudecido como nunca antes, y aquella cincuentona y fatigada guerra sin posiciones, ni territorios, ni frentes definidos, solo repleta de vencidos, había dado un viro infausto. Las bandas paramilitares y las fuerzas gubernamentales habían desembarcado en la región, y las guerrillas, hasta ese momento due-

ñas y señoras del territorio, ejecutaron un repliegue estratégico sin apenas oponer resistencia. Entonces, un escenario de venganzas se abrió en el horizonte. Listas negras y sentencias aparecieron en los muros antes maculados por las consignas de la insurgencia, y en ese punto sin retorno la incertidumbre tiñó de sombras el futuro.

Lo había sufrido, en carne propia, quince días antes, la última vez que estuvo en Almadía.

El último día que estuvo en el pueblo, Gabriel pasó las horas recostado sobre la hamaca que se hallaba colgada en el corredor contiguo a la cocina. Envuelto en una aparente tranquilidad, contemplaba el patio de los guayabos. La mañana deslizaba su luminosidad sobre el follaje informe de los árboles, la frescura matutina corría de un rincón a otro, las gallinas raspaban el suelo recién regado al pie de los troncos, y Princesa, la vieja perra de la casa, languidecía bajo la sombra de un limonero. Él tenía la mirada fijada en ella, la contemplaba con la conmiseración que se guarda ante la presencia de un moribundo, sentía compasión por la centenaria perra de la casa. María, su mujer, vino a sentarse a su lado y posando la mano sobre su hombro le dijo: «Está en las últimas y sufre mucho».

Mientras tanto, en el patio, la perra intentaba levantarse, pero tenía las patas traseras lánguidas y entumecidas. Resultaba agotador verla, cada esfuerzo era una nueva tortura. Es muy vieja, añadió María. Y ambos contemplaron la dolorosa escena en silencio. Para aquel entonces la vieja guardiana llevaba varias semanas en ese estado deplorable, su declive empeoraba rápidamente y solo esperaban el momento del triste desenlace.

Un poco antes del almuerzo, Gabriel se levantó de la hamaca y se dirigió hacia la cocina. María guisaba unos frijoles. En ese momento picaba unas verduras sobre una desgastada tabla de madera. Lloraba. Gabriel vio cómo sus lágrimas manaban continuas sobre sus mejillas. Su llorar silencioso era la extensión del marasmo nostálgico aposentado en la casa durante los últimos tiempos. Pero en las lágrimas de su mujer él no solo vio la tristeza, también vio la soledad acompañándola por largos años, y no pudo dejar de sentirse contagiado por esa grave sensación de amargura.

Tengo miedo por usted, prorrumpió ella al notar su presencia, se pasó el brazo por la cara y añadió, La gente murmura que es el primero de la lista de las bandas, y en la reunión de Las Alhajas, el comandante, un tal Ambarino, ha dicho que el valle está plagado de colaboradores de la guerrilla, pero que ellos se encargarían de limpiarlo. Gabriel ya lo sabía. Su vida no solamente estaba amenazada por la enfermedad, sino también por el desembarco de las bandas paramilitares. Dio unos pasos hacia ella, con la intención de hablarle, pero se dio cuenta de que no sabía que decirle y que cualquier explicación estaba hecha añicos de antemano, dijera lo que dijera no lograría apaciguar su inquietud. Aun así, pensó que debía tranquilizarla y le dijo, no se preocupe por eso, María, ya tengo todo solucionado. Ella se volvió a mirarlo fugazmente, y él contempló una incredulidad condescendiente prendida en su rostro. Arrastró sus pies hacia una pequeña mesa de madera, se dejó caer sobre la silla y se quedó mirándola mientras ella continuaba con los preparativos del almuerzo.

Al cabo de un rato, María había dejado de llorar, y él sintió que su compañía era el mejor de los consuelos que podía ofrecerle. ¿Sabe, María?, añadió, aún somos jóvenes y he pen-

sado que debemos largarnos de aquí, muy lejos de este país de mierda. Pero un largo silencio siguió a estas palabras. La sola idea de abandonarlo todo, incluso el país, retumbó en sus propios pensamientos cuando lo dijo en voz alta. No era la primera vez que pensaba en ello, y ahora, esa remota posibilidad emergía como única solución a la encrucijada en la que se hallaba.

La olla de los frijoles reverberaba en el rojo incandescente de la estufa eléctrica, sus vapores se levantaban hacia el techo y se esparcían por el soberado, la casa entera estaba impregnada del olor succulento de las judías. Luego de muchos días, Gabriel sintió el despertar de su apetito dormido y durante el almuerzo, más animado, comió copiosamente en compañía de María y de su pequeña hija.

Pasado el mediodía, emprendió el viaje de regreso a la ciudad, ya que por cuestiones de negocios vivía entre dos residencias, solía volver los fines de semana, pero en los últimos meses sus regresos se habían hecho cada vez más esporádicos. Antes de despedirse, miró a María poseído de un afectado sentimiento, y ella, con una sonrisa triste en los labios, le dijo que se sentía como en la historia de *Genoveva de Bravante*, una novela que leía cuando era niña, justo en el momento en que la condesa palatina despedía al conde Sigifredo, antes de partir hacia la guerra. Él sonrió al escucharla, sin entender muy bien lo que ella quiso decirle. Subió a la camioneta, se volvió y observó cómo, desde la entrada del corredor, ella le decía adiós con la mano. Tenía un brillo nostálgico y sensual en la mirada, una belleza serena asomaba en los primeros albores de su madurez. A su lado se hallaba Isabela; lo miraba con una expresión vivaracha, y por un instante la imagen de

aquella despedida llegó a estremecerle y unas lágrimas escaparon de sus ojos.

Durante el camino, mientras conducía por las curvas sinuosas de la carretera Panamericana, la estampa de María no cesó de repetírsele, y la idea de verla sola, enfrentando las vicisitudes de la vida, le atormentó como nunca. Y, sin saber cómo, se encontró asaltado por el pensamiento de su propia muerte. En todos estos años casi nunca había malgastado su tiempo pensando en ello, pero ahora que estaba enfermo y que la amenaza lo cercaba, ese pensamiento se había convertido en el compañero azaroso de sus días.

Muy atrás había quedado Almadía. Era tarde y la sombra vespertina empapaba las faldas secas de las montañas de la cordillera, un céfiro providencial bajaba de las alturas y espolvoreaba el suelo con la inflorescencia amarillenta de los romerillos, el verde opalescente de los arrayanes dominaba los intersticios del estuoso valle y una quietud imponente y profunda sobrecogía el alma. Nadie creería que entre estas montañas se libraba una guerra, aquí mismo, él llegaba a dudar que estuviera inmiscuido en esta extraña guerra.

Unos cuantos kilómetros después, en un pueblo llamado El Retorno, inesperadamente, Gabriel abandonó el trazado de la Panamericana y tomó un desvío. En su interior, era muy consciente de lo que entrañaba ese movimiento, pues sabía que de aquella manera estaba tentado al peligro. Y un poco más adelante, en un tramo solitario de la precaria vía, efectivamente, halló a un hombre vestido de civil, tocado con una gorra roja, que levantaba la mano y le ordenaba detenerse. No se sintió sorprendido y continuó la marcha, y al aproximársele, se detuvo. El hombre, pistola en mano, se acercó a la camioneta. Buenas tardes, dijo Gabriel con tranquilidad. Al

principio el guardia lo miró con recelo, pero luego, al ver su cara, esgrimió una sonrisita burlona y movió la cabeza con altanería. Voy a los lagos a comprar pescado, añadió Gabriel. El guardia no le contestó nada, dio unos pasos en sentido oblicuo y, con un gesto despectivo, le conminó a que continuara. Gabriel vio que lo miraba fijamente, que sonreía, y que su sonrisa tenía una expresión sentenciosa. Avanzó hacia él y cuando lo alcanzó de nuevo, con cierto desdén, le espetó, Gordo, a la vuelta te traeré unos pescados.

Más adelante, serpenteando una tras otra las cerradas curvas de la carretera, descendió hasta el fondo de la cuenca de un río, sin poder quitarse de la cabeza la expresión burlona del guardia, pues estaba seguro de que aquel hombre sabía quién era él.

Y es que, de forma temeraria, Gabriel había tomado ese rumbo aun a sabiendas de que casi con seguridad se encontraría con un retén de las bandas. Continuó su avance hasta alcanzar el fondo de la cuenca, y más abajo, en un puente de hierro que atravesaba la rivera, se detuvo.

Una brisa húmeda, proveniente del choque de las aguas, entró por la ventanilla de la camioneta y le refrescó la cara. Bajo sus pies discurría el mismo poderoso líquido que más arriba bañaba las tierras de Almadía. Oteó los alrededores con desconfianza, pero vio que todo se hallaba tranquilo, exento de amenazas; respiró profundamente varias veces, recuperándose del leve mareo que lo poseía, y después de un instante emprendió de nuevo la marcha.

En los lagos la pesca estaba asegurada, y él se limitaba a contemplar los movimientos del cuidador mientras este ejecutaba la captura. El cebo tenía un efecto atrayente sobre los peces, las aguas quietas del estanque parecían amansarlos desde

que eran unos diminutos alevines, y antes del primer embate de la atarraya, la mansedumbre revoloteaba hambrienta devorando el alimento espolvoreado sobre la superficie. Raudamente, desde la orilla, el cuidador de los lagos lanzó la red sobre la montonera, esperó unos segundos hasta que los plomos se asentaron y luego la arrastró con mucho tiento hacia la orilla, venía cargada de pescados. Tiró un nuevo lance y llenó dos sacos de grandes tilapias para su cliente. Al terminar, los tomó entre sus manos y se los entregó a Gabriel. Este los recibió con interés y dijo en voz alta, para que el cuidador lo oyera, Un saco es para que la banda coma esta noche, y se fijó en su reacción. El hombre, que en ese momento sostenía la atarraya en la mano, encogió los hombros con indiferencia, remarcando su marginalidad en el asunto. Sí, continuó Gabriel, esta cantidad estará bien, dará de comer al comandante y a su escuadra. Son dieciocho kilos de tilapia, señor, terció el cuidador sin comprometerse. Cóbrense de aquí, le dijo Gabriel, y le entregó un billete. El hombre lo tomó con impecable neutralidad, sin decir nada, y se dirigió hacia un rancho maltrecho, contiguo a los lagos.

El río pasaba cerca. La música cadenciosa de su arrastre interior llegaba nítida hasta donde él se encontraba, se trataba de una melodía que explotaba en latidos intermitentes, resultaba imposible no dejarse llevar por aquel murmullo discontinuo. Sin embargo, Gabriel se sentía intranquilo, sabía que pronto anochecería y que debía regresar por el mismo camino.

El cuidador apareció en la puerta unos instantes después, traía unas monedas en la mano. No, hombre, negó Gabriel, quédese con el vuelto y gracias por los pescados. Gracias a usted, señor, accedió el cuidador secamente, y cerró la mano

donde exhibía las monedas. Gabriel, cargado con los dos sacos, empezó a dirigirse hacia la camioneta, pero un poco más arriba regresó la vista. El cuidador de los lagos permanecía inhiesto en el mismo lugar de antes. Estático, inescrutable, vestido con su gastada ropa de labores, lo contemplaba. Una mujer flacuchenta se acercó a él. También iba mal vestida y se veía extenuada, llevaba una pañoleta desgastada y amarillenta en la cabeza. Dos niños descalzos y semidesnudos salieron del rancho. Y ahora los cuatro lo contemplaban. Gabriel sintió sus extrañas miradas posarse sobre él y sus caras largas y enigmáticas expresar algo, pero se negó a averiguarlo, levantó la mano para decirles adiós y a continuación subió a la camioneta.

Un rato después, volvió a alcanzar la cuesta donde se encontraba el retén. Al final de una recta destacaba la gorra roja del guardia con el que había hablado antes. La carretera estaba desierta y la luz de la vela vespertina empezaba a extinguirse, pronto anoecería. Aún es buena hora para salir de aquí, pensó, pero pudo decir perfectamente, para huir de aquí. La parquedad con que lo había tratado el cuidador y la mirada compasiva de su familia lograron inquietarlo. Y ahora, al encontrarse muy próximo al retén, no podía contener esa inquietud que lo iba dominando, y sin reflexionarlo demasiado, su pie cayó con cierta fuerza sobre el acelerador. Su cuerpo lo impulsaba a sucumbir a la tentación de continuar sin detenerse y por un instante fue preso de esa idea inopinada. Entonces vio al guardia moverse hacia el centro de la carretera. Llevaba la pistola desenfundada y la mano izquierda levantada. De una alcantarilla adyacente emergió otro hombre, iba también vestido de civil y llevaba un arma desenfundada. En ese instante, Gabriel alcanzó a imaginar los peores vaticinios.

Sacó su pistola de la guantera, la puso en el asiento y la cubrió con su chaqueta, aún no sabía si la decisión correcta era la que pensaba. Usted es el primero de la lista, escuchó que le repitió María, y cerró los ojos un segundo. Apretó el volante con rabia, abrió los ojos de nuevo y se entregó a la respuesta que más fuerte le gritaba. Y es que vale tan poco el destino de un hombre para el universo y, sin embargo, todo el peso del destino cabe en él.

Unos metros más arriba, justo frente al hombre de la gorra roja, se detuvo. Al final pensó que la huida era lo imprudente, y las huellas suaves de su momentáneo desliz quedaron marcadas sobre la tierra, fueron la prueba de su duda y a la vez de su fe en el sentido de su destino. Pero fue evidente que contempló la idea de evadirse. Al detenerse, el guardia se le acercó y, con una sonrisa socarrona prendida en los labios, le dijo, Buenas tardes, tuvo suerte en los lagos, don Gabriel. El tratamiento de cortesía junto a su nombre sonó a vieja ironía. Gabriel observó al otro hombre que estaba apostado cerca, tenía una expresión de pocos amigos, después volvió sobre el guardia y, con un poco de amargura, le contestó, Sí, tuve suerte, ahí le traje las tilapias que le dije, y señaló la parte trasera de la camioneta. El guardia hizo un gesto a su compañero para que las recogiera, pero este le ignoró. El saco está atrás, les interrumpió Gabriel. El guardia se volvió y le dijo, pues *entregámelo*. Él vio la expresión sarcástica de sus palabras dibujadas en su rostro, dudó, y luego le espetó, *cogelo* vos mismo, si *querés*, hay dos sacos, *esco- gé* el que más te guste y cuando se lo *entregués* al comandante Ambarino, le *decís* que es de mi parte.

El motor de la camioneta estaba en marcha, la carretera se abría libre y diáfana hacia adelante, su pistola, oculta bajo los pliegues de la chaqueta, reposaba lívida sobre el asiento.

La insolencia de Gabriel perturbó al guardia sobremanera. Su rostro burlón ahora parecía desconcertado, y en vez de decir algo, las palabras se le enredaron en la garganta y una mueca sostenida quedó dibujada en su cara. De mala gana se dio media vuelta y fue a buscar el saco de pescados.

Gabriel lo miraba por el espejo retrovisor, a esa hora ya había descubierto su juego. Aquel raso no tenía ninguna orden en concreto contra él, así que tenía claros sus próximos movimientos. El guardia recogió el saco y saltó de la camioneta. Desde el interior, Gabriel escuchó la resignación de su caída, era un pobre diablo con aires de matón, sacó la mano por la ventanilla, aceleró y con una seña le dijo adiós. *Disfrutá* del pescado, le gritó en el último momento.

Más arriba, la camioneta tomó la última curva y los dos hombres del retén desaparecieron definitivamente. Entonces Gabriel pensó que seguía vivo, y eso, que era una obviedad a la vista del resultado, atesoraba un gran significado en sus circunstancias. Fue temerario, sí, pero necesario para calmar sus inmensas dudas, precisamente las que quería disipar con aquel movimiento que, para muchos, hubiera resultado insensato e incomprensible. Ahora podía llegar a creerse fuera de la lista de condenados que las habladurías aseguraban que encabezaba, podría llegar a creer que el grave delito del que lo acusaban, ser un colaborador prominente de la guerrilla, le sería perdonado. Si hubieran querido matarme lo habrían hecho ya, opinó para sus adentros, todo está arreglado. Y de esa manera tan audaz como inocente, levantó su primera certeza y vio a la Muerte alejándose de su lado.

La fe tiene su principio en la ingenuidad, y él, por encima de todo, tenía fe en que sobreviviría a la época de las bandas.

En Almadía, al poco tiempo, murió la vieja perra de la casa. Sus últimos días fueron un tormento. Se movía errática, sus patas se tornaron temblorosas y su pelo negro se convirtió definitivamente en un manto ceniciento y raído. Mientras Princesa iba dando tumbos de un lugar a otro, María la contemplaba y apenas le decía, Princesa, mi vieja niña. Y la perra meneaba la cola en señal de que aún podía escucharla. Pero Princesa también se había quedado ciega, sus ojos secretaban unas lágrimas purulentas y, sin pretenderlo, se había convertido en un calandrajo andante, en un estorbo. Casi nada quedaba ya de la enérgica guardiana que un día cuidó su casa. Y así fue como María optó por trasladarla al patio de los guayabos y acomodarla en una casucha de perro construida con sus propias manos.

Y es que, después de la partida de Gabriel, la perra empeoró aún más y enflaqueció tanto que su piel parecía succionada por las hendiduras de sus costillas. Las pocas veces que lograba ponerse en pie, su cuerpo mostraba una languidez espantosa. Su estado resultaba insufrible. Al verla así, María no pudo dejar de desear que su padecimiento no se alargara demasiado tiempo, y que la muerte se acordara pronto de ella.

Y un día de esos, en los cuales la vida se estira demasiado y por ende también estira el sufrimiento de los moribundos, un buen hombre de Almadía, llamado Pedro, apareció en la casa de María decidido a acabar con la agonía de Princesa, y ella, persuadida por la pena y una lacerante lástima, no tuvo fuerzas para oponerse.

Apenas unas horas después, el hombre se acercó al lugar donde agonizaba Princesa, amarró una cuerda en su cuello, tiró con suavidad del otro extremo y le dijo, Princesa, vamos. La vieja perra tenía las patas entumecidas y temblorosas, de tal modo que solo logró ponerse en pie después de unos penosos intentos, dejando su cuerpo a merced de una oscilación lastimosa. Pedro aguardó con paciencia su padecimiento; la miraba en silencio, con cierta misericordia.

María contemplaba la escena desde la puerta de la cocina. El hombre la guiaba lentamente en su calvario, y ella caminaba mansa, con la cabeza gacha, paso a paso, tumbo a tumbo. Al pasar frente a su dueña, movió resignadamente su rabo sin detenerse, y María lo sintió como un latigazo sobre su pecho. Atravesaron el patio, luego se adentraron por el camino de un potrero y desaparecieron. Catorce años después de su llegada en una pequeña caja de cartón, cuando apenas era una cachorra, Princesa abandonaba la casa para siempre.

Al alcanzar un gran cañafistol, Pedro se detuvo. El árbol tenía un tronco grueso, ramas frondosas y sus raíces formaban una raigambre tosca y desnuda. Sus frutos, unas vainas negras, duras y olorosas, se dispersaban sobre el suelo. Dos mariposas gigantes mimetizaban sus alas oceladas sobre la corteza. Aquí está bien, se dijo Pedro cuando vio la disposición del árbol, y Princesa se desplomó sobre una de las raíces. El hombre lanzó una soga al aire y enlazó una de las ramas la-

terales, la lazada dio una vuelta entera y el extremo, que tenía hecho un nudo corredizo, quedó al alcance de su mano. Sus movimientos eran metódicos y fríos, revelaban que no era la primera vez que ejecutaba un acto semejante.

Se había hecho tarde y una lengua luminosa de sol vespertino relamía los campos resecos del largo estío. A lo lejos sonaban las aguas de un río templado. El hombre se acercó a Princesa, desató la cuerda que traía amarrada y deslizó la gaza en su cuello. La perra no daba señales de rebeldía, parecía casi muerta. Pedro verificó que el nudo corriera de forma cabal y posó la cabeza de Princesa sobre el suelo. Hay cosas que es mejor hacerlas rápido y sin pensar mucho en ellas, se convenció a sí mismo. Cogió el otro extremo de la soga, apuntaló el pie izquierdo en una de las raíces, cerró los ojos, y de un tirón, fuerte y contundente, levantó el cuerpo de Princesa.

El hombre abrió los ojos y vio al animal colgado del cuello. Princesa dio tres espasmos agónicos con el último hilo de vida que le quedaba y luego yació inmóvil. Al recibir los aires moribundos de la ahorcada, los dos lepidópteros encogieron sus alas y emprendieron un vuelo confuso. Pedro aguardó con la soga tensionada, pero al cabo de unos instantes la dejó caer al suelo. Todo había terminado. Se acercó al cuerpo del animal y lo palpó con sus botas. Está muerta, confirmó en un susurro, y se dirigió a la casa de María.

Pasados unos minutos, retornó al lugar de los hechos. Traía una carreta de mano y una caja de cartón se bamboleaba encima de ella. Al llegar, levantó a Princesa del suelo y la introdujo dentro de la caja. Su cuerpo tenía la ligereza de una pluma. Agarró los mangos de nuevo y empujó la carreta con dirección hacia Almadía.

Desde lejos podía escucharse el rechinar cadencioso y oxidado del eje y la chaveta dando vueltas. Un pájaro carpintero lo acompañaba con su martilleo terco sobre la guadua de una antena. En la pequeña Almadía los sonidos retumbaban como en un embudo y se escuchaban desde cualquier punto.

Cuando la carreta pasó frente al patio de María, ella espía por una rendija, su curiosidad la había traicionado. Pedro abrió de par en par la puerta de hierro del potrero y salió a la carretera que atravesaba Almadía, tomó la avenida principal y se encaminó en dirección al río.

El inusitado evento despertó la curiosidad aletargada de los vecinos, y algunos, sacudiéndose del tedio de la tarde, le preguntaban desde sus escaños qué era lo que llevaba en la caja, y él les respondía que a Princesa. Un grupo de niños, ávidos de la imagen del animal muerto, se unió al traslado del féretro. Pedro los aguantaba con estoica paciencia. Y al llegar al río, se detuvo en la orilla, sostuvo la caja en sus manos y la depositó sobre las aguas.

La corriente era tersa y la caja de cartón, con los restos del animal, caracoleaba suavemente sobre sí misma. Unos metros después, al alcanzar un rápido, la caja fue impulsada con violencia hacia delante y estuvo a punto de zozobrar. Ah casi, gritaron los niños al unísono con cierta malignidad en el rostro. Algunos pilluelos aprovecharon para seguir la caja desde la orilla y tirarle piedras. Pedro los reprendió desde donde estaba, pero unas cuantas lograron alcanzarla. Aun así, ninguna causó estragos suficientes como para hundirla, y la embarcación fúnebre marchó aguas abajo.

Al llegar la noche, María fue a sentarse al corredor exterior de la casa, como lo hacía habitualmente. Pedro se acercó a conversar con ella, pero ella seguía triste y apenas lo escu-

chaba, tenía la mirada fijada en dirección al río. Y fue precisamente en ese momento que tuvo la extraña sensación de ver que el animal regresaba por la calle que conducía al río, y que su sombra avanzaba veloz entre la penumbra. No sabía si su deseo era tan fuerte que le estaba jugando una mala pasada, pero al cerciorarse, sus ojos vieron aproximarse con rapidez a una criatura.

María se hallaba estupefacta. Era increíble que fuera Princesa.

Al principio, la imposibilidad material de una situación así y su perplejidad no le permitieron reconocerla del todo, pero conforme se acercaba, la duda se fue disipando. Princesa, gritó aún incrédula y asustada, y volvió a gritar, Princesa, es Princesa. Pedro, que estaba de espaldas junto a la calle, se giró de inmediato y quedó petrificado. Efectivamente, era Princesa que regresaba, viva y mal ahorcada, como evidentemente había sucedido. Y cuando alcanzó la claridad del corredor, ya no existían dudas, se trataba de Princesa. La perra movía el rabo con tanta felicidad que parecía haber vuelto después de una larga ausencia. Se la veía recuperada y hasta rejuvenecida, como si en la lucha contra la muerte hubiera vencido dos veces, una cuando la ahorcaron y otra cuando, moribunda, tuvo que enfrentarse a las aguas del río.

María casi se muere del susto y de alegría al mismo tiempo. Hacía unas horas, los despojos de Princesa habían desfilado frente a ella, y ahora aparecía viva, como si nada hubiera pasado. Impresionada, sintió algo de miedo cuando la perra se abalanzó sobre sus pies y se echó al suelo para que la acariciara. Chillaba de alegría, parecía que el agua del río hubiera lavado todos sus achaques, y, quién pudiera creerlo, pero se la veía reconstituida. A estas alturas, la incredulidad poseía el

rostro de Pedro y de paso resumía la rara escena; estaba pálido y espantado. Esto es cosa del diablo, tartamudeó, esa perra negra ha vuelto del infierno, es un mal agüero. Pero María, ya recuperada del choque inicial, se volvió a mirarlo y le respondió, O que la ahorcaste mal y ha vuelto para morderte. Es cosa del diablo, María, insistió él, y se santiguó. Sin embargo, María no prestó atención a sus palabras, y tan solo pensaba en el regreso de Princesa y en el feliz reencuentro. Sin saberlo, la vida le estaba ofreciendo una segunda oportunidad más a ella misma que a la propia perra.

Y en realidad no fue más que eso, una rara segunda oportunidad, aunque intensa y fugaz. Al otro día, cuando se levantó y corrió a abrir la puerta del patio de los guayabos para comprobar que no lo había soñado, Princesa sí estaba allí, pero su vitalidad solo había durado una noche, y ahora, de nuevo, precipitaba su existencia hacia la agonía, aunque esta vez fuese más apacible. Quizá la lucha de Princesa contra las aguas del río, su corta ausencia y su extraño regreso decían más cosas de las que María quiso leer al principio. No todas las ausencias son iguales. A la mañana siguiente, la perra amaneció muerta junto al guanábano de la esquina del patio. Algún lengüetazo le dio antes de morir, seguramente como mensaje material de lo que vale un último adiós o una apacible despedida.

Esta vez, María decidió llevar el cuerpo de Princesa hasta el potrero contiguo a la casa y enterrarlo. Cavó un hueco, depositó sus restos, apisonó la tierra y lloró por ella con cierto sentimiento de consuelo. De alguna manera, Princesa nunca dejaría de guardar la casa, y ella de sentirla cerca.